

el pez luchador

rafael ruiz pleguezuelos



COLECCIÓN  
**esquenocomo**  
serie azul: poesía

**31**

# EL PEZ LUCHADOR

rafael ruiz pleguezuelos

editorial **P**oint de lunettes  
Sevilla 2010

[www.pointdelunettes.com](http://www.pointdelunettes.com)

## sinopsis

*Una noche de luna llena, dos desconocidos eligen el mismo lugar para ir a pescar.*

*A pesar de que al principio son reacios a hablar el uno con el otro, la noche irá haciéndoles más y más confiados, y comenzarán a recorrer confidencias y retazos de su pasado que componen los grandes temas e inquietudes del hombre: el amor, la amistad, el trabajo..., todo ello salpicado de consejos y anécdotas sobre su pasión común: la pesca.*

*En la exaltación de esta amistad repentina e inesperada, ambos mantendrán una sospecha acerca de la influencia que la luna ha podido tener en esta noche mágica en la que, además, un pez que los dos han creído dejar escapar muchas veces volverá a presentarse ante ellos.*



PERSONAJES  
(Por orden de intervención)

CARLOS

ARTURO



## ACTO ÚNICO

*La orilla del mar. El escenario permanece en penumbra y todo lo largo de la obra oímos un rumor de agua tranquila. Destellos verdes acompañan a las figuras, y nuestros personajes están siempre iluminados por una luna llena. Es la noche de San Juan.*

*Al alzarse el telón, Carlos maneja su caña de pescar con tanta destreza como sensación de aburrirse. Al lado de él, una hamaca, un cubo y otros utensilios de pesca. Entra Arturo, pertrechado con un equipo de pesca más completo y costado. Se coloca cerca de Carlos, y notamos la cara de incomodidad de éste ante la llegada de Arturo. Le sigue con la mirada mientras deja los aparejos en el suelo y va armando su caña.*

### CUADRO PRIMERO

CARLOS.— *(Para sí pero de forma que puede oírle Arturo.)*  
¡No es grande el mar!

*(Arturo le mira sin saber exactamente cómo reaccionar. Va dejando sus aparejos en el suelo, y cada objeto que monta o deja en un lugar es seguido por una mirada de incomodidad de Carlos, que ve perturbada su tranquilidad. Arturo no es torpe pero sí ruidoso, y además Carlos se sorprende de la cantidad de material que trae, comparado con él. El momento en que Arturo coloca una caja de herramientas de pescador aún más cerca de Carlos que el resto del equipo, éste vuelve a hacer el mismo comentario anterior, pero ya con intención clara de que el otro lo oiga...)*

CARLOS.— ¡No es grande el mar!

ARTURO.— *(Ya se da directamente por aludido y se dirige a Carlos.)* ¡Buenas noches!

CARLOS.— *(Con voz de resignación.)* Buenas.

ARTURO.— ¿Hay pesca?

*(Carlos se gira hacia él pero no contesta nada, dejando a ARTURO muy cortado.)*

ARTURO.— ¿Pican?

CARLOS.— *(Por un momento parece que tampoco va a contestar, pero notamos que al final se decide. Muy seco, eso sí, sin mirar a Arturo siquiera.)* Antes poco. A partir de ahora, no se sabe.

ARTURO.— *(Algo azorado.)* No le importará que me haya puesto... Me cambio ahora mismo de sitio si...

CARLOS.— *(Con poca convicción, pero ya girándose hacia el lugar en el que se encuentra Arturo.)* No hombre, tampoco es eso. Que me ha llamado la atención. Como hay mucha orilla...

ARTURO.— *(En tono más explicativo que de disculpa.)* Sí, es verdad. Lo que pasa es que, no sé porqué, de los sitios que he probado por aquí cerca, a mí me parece que en esta parte de la playa siempre pican más. Y hoy con luna llena, con más razón no podía perderme venir aquí, a mi sitio.

CARLOS.— *(Seco.)* ¿Su sitio?

ARTURO.— Bueno, no es que sea exactamente mi sitio, decir eso es una tontería. Pero sí que vengo mucho. A nadie le gusta tener mala pesca, ¿no le parece?

*(Intenta buscar una complicidad en Carlos pero no llega a encontrarla.)*

Hemos coincidido otras veces varios pescando, y ya medio nos conocemos, pero no te había visto por aquí.

CARLOS.— Pues antes venía mucho. Ya lo creo que venía mucho.

*(Más profundo y sentencioso ahora.)*

Este sitio y esta hora. Año tras año.

ARTURO.— *(Quitándole totalmente la gravedad que Carlos pretende darle.)* Todos los años, ¿eh?

*(Carlos sigue hablando pero mirando más a la platea que a Arturo, como si hablase consigo mismo.)*

CARLOS.— Y en la noche de San Juan, no falto por nada del mundo. He dejado de venir unos años y así me ha ido.

*(Arturo pone cara de no haber entendido nada y Carlos, tras acabar sus palabras, se entretiene mirando sus aparejos y trastos, dispuesto a acabar la conversación. Su rostro expresa desagrado cuando vuelve a oír la voz de Arturo.)*

ARTURO.— ¿Y eso? *(Sigue al no encontrar respuesta.)* Digo que por qué has dejado de venir a pescar. ¿Te aburriste?

CARLOS.— He estado fuera un tiempo.

ARTURO.— *(Dándose cuenta de que Carlos no quiere seguir la conversación por ahí.)* ¿Qué luna, eh? Parece de día. ¡Parece más un día nublado!

*(Breve pausa, en la que sigue buscando la complicidad de Carlos sin resultado.)*

ARTURO.— Bueno... yo digo que vengo mucho, pero es desde hace un par de años solamente. El tiempo que llevo viviendo aquí, en la costa. ¿Tú...? ¿Te puedo hablar de tú, verdad?

CARLOS.— *(Todavía entretenido con sus aparejos.)* Sí hombre, si debemos tener más o menos la misma edad...

ARTURO.— ¿Tú sí eres de por aquí?

*(Carlos solamente asiente. Breve pausa, en la que de nuevo Carlos se hace el distraído, evitando entrar en conversación con Arturo. Mientras tanto, Arturo ya parece haberse instalado completamente.)*

CARLOS.— Sí, sí, de Pineda, aquí al lado.

ARTURO.— *(Mira a la lejanía, a uno de los costados del escenario.)* ¡Qué bonita, la costumbre de aquí, de hacer las hogueras de San Juan en la playa! Queda preciosa, ver la costa con las candelas. Me habían invitado a alguna, gente que ya conozco en Toya, donde trabajo, pero he visto el mar desde el coche cuando volvía a mi casa y he preferido coger los bártulos. ¿Por qué en esta cala no se hacen hogueras de San Juan?

CARLOS.— *(Sin mucho ánimo.)* Está demasiado cerca de los pinos. Ahí empieza ya el monte bajo. Protegido.

ARTURO.— Ah, claro. Pues he tenido suerte, porque no gusta pescar solo, que entonces se hace muy larga la noche, ¿no te parece?

*(Carlos pone cara de circunstancias, por mera educación.)*

Aunque a lo mejor a ti sí te gusta...

CARLOS.— *(Intentando que suene lo más diplomáticamente posible.)* A mí sí, sinceramente. Me gusta pescar solo.

*(Arturo deja la caña en el suelo, que ya había armado y encarnado, y se acerca a Carlos.)*

ARTURO.— *(Sin saber qué decidir.)* Pues nada... ahora me busco otro sitio o me alejo un poco, pero antes te voy a volver a molestar por última vez para pedirte fuego, que se me ha olvidado y el mechero del coche no me funciona. Tabaco sin mechero, mala cosa...

*(Carlos se apresura en darle fuego, intentando agradecerle al menos con este gesto.)*

CARLOS.— Claro, hombre.

*(Mientras Carlos se busca el mechero en el bolsillo, Arturo le ofrece tabaco, que Carlos acepta con un gesto amable, empezando*

*a vérselo algo arrepentido del tratamiento que ha dado a Arturo hasta el momento. Los dos encienden un cigarrillo, y vemos a Carlos dando largas caladas, disfrutando mucho con ello y recreándose en la entrada y salida del humo.)*

CARLOS.— ¡Madre mía! Esto sí... Dos años llevaba sin fumar.

ARTURO.— *(Aún más cortado.)* Yo no quería....

CARLOS.— No, hombre, no te preocupes. Culpa mía: ¿Qué hago yo con un mechero en el bolsillo, dos años después?

*(Carlos da otra calada profunda al cigarrillo.)*

¡Dios mío, lo que se pierden los que no fuman! *(Una calada más, llena de ansiedad.)* ¿Cómo alguien puede prohibir esto? Me has dado la vida, gracias.

*(Arturo hace un gesto de simpatía y se da media vuelta, dispuesto a recoger sus cosas y marcharse.)*

CARLOS.— Y discúlpame; he sido yo, que he empezado mal.

*(Arturo se gira otra vez hacia él. Carlos le ofrece la mano y Arturo se la estrecha.)*

Me llamo Carlos.

ARTURO.— Tengo la mano llena de pescado, acabo de poner la carnada... soy Arturo.

CARLOS.— Nada, Yo estoy igual. Quédate, hombre. No se te ocurra marcharte. Perdona lo de antes. Puedes pescar donde te de la gana, sólo faltaba... Es que he estado demasiado tiempo relacionándome con la misma gente, un grupo muy cerrado. Llevo un tiempo con un humor así, medio malo. Demasiado tiempo sin tratar con nadie que no conociera, ¿sabes?

(Arturo *solamente sonríe, discreto.*)

CARLOS.— He vuelto hace solamente unos días, aquí, a mi tierra. Y había elegido esta noche, para volver a hacer las cosas que me gustan, y me lo había imaginado...

ARTURO.— (*Ya más suelto, con comicidad.*) Solo.

CARLOS.— Pues sí, pero... supongo que son solamente rarezas, tú nada, ni caso.

ARTURO.— No hay problema. Simplemente pensé que eras uno de los que creen que el pescado oye, y que no se puede hablar delante de él y todas esas cosas...

CARLOS.— Bueno, eso es también verdad, pero quédate.

(*Haciéndose otra vez más profundo y evocador.*)

Con luna llena no podemos tener pesca mala, hablemos o no.

(*Arturo se acerca a sus aparejos y lanza con maestría. Deja la caña en el apoyo. Carlos le observa y ahora es él el que se acerca. Se le nota impresionado por la forma en que ha visto lanzar.*)

CARLOS.— (*Algo fanfarrón, como un maestro que habla con su discípulo.*) Me he equivocado contigo. No es la primera vez que pescas, no. Cuando te he visto, y perdona que te lo diga, he pensado “Éste ha visto un reportaje en la tele y se ha dicho: quiero pescar”. Pero no, no. Solamente en largar y lanzar se nota quien sabe y quien no sabe.

ARTURO.— (*Ríe.*) No me ofendo porque ya me ha pasado muchas veces aquí. Estoy acostumbrado.

CARLOS.— ¿Qué quieres decir?

ARTURO.— No sé... no te ofendas, pero los que sois de aquí tendéis a pensar que el mar es vuestro, que solamente lo entendéis vosotros y que os guarda una especie de derecho que los demás nunca podrán tener. Tú eres una excepción pescando a caña, eso tampoco se ve por aquí...

CARLOS.— *(Algo impresionado por lo que Arturo dice.)* Eso sí.

ARTURO.— Os llama la atención que a alguien más le guste. Yo ya había pescado bastante, pero cada sitio es diferente. Me ha costado mucho aprender cosas, porque no hay mucha gente dispuesta a enseñar, no sé. Al final he tenido que buscarme la vida para casi todo. Y lo más gracioso es que la mitad de la gente de los pueblos de por aquí no baja a la playa en la vida. Va cambiando poco a poco, pero la playa es cosa...

CARLOS.— *(Acaba la frase.)* De veraneantes. De forasteros.

ARTURO.— Justo. Lo sabes entonces...

CARLOS.— *(Cortante.)* Lo sé porque yo, más o menos, tengo la misma teoría. Supongo que naces con ella.

ARTURO.— Además, ¡date cuenta! Decís forastero. De película del oeste total.

CARLOS.— *(Ahora queriendo agradar.)* Solamente me tienes que demostrar que eres la excepción.

ARTURO.— ¿Y para demostrarlo?

CARLOS.— *(Como el que da vueltas a un razonamiento muy complicado, y finalmente llega a una conclusión.)* Pescar se demuestra pescando, ¿no te parece?

ARTURO.— Me parece.

CARLOS.— Ya que vamos a pescar juntos, con cuatro metros de diferencia...

*(Mide visualmente.)*

Tres metros de diferencia. Vamos a ver lo que saca cada uno.

ARTURO.— *(Más en tono de broma que de desconfianza.)* Tú tienes ahora el cubo vacío, ¿no?

CARLOS.— *(Tomándose lo medio en serio, medio en broma.)* Vacío del todo. Comprueba, si quieres.

*(Se empieza a acercar a sus aparejos.)*

ARTURO.— No, hombre. Yo siempre ando hablando medio en broma. A ver, ¿qué ventajas tengo...? ¿Has dicho que habías dejado de pescar un tiempo?

CARLOS.— Ya te digo. Cuatro años sin coger un sedal. Sin bajar a la playa, de día o de noche.

ARTURO.— Me había parecido.

CARLOS.— ¿Que te había parecido? ¿Por qué?

ARTURO.— No sé... si te digo la verdad, yo al llegar he pensado más o menos lo mismo que tú, que el que había aquí no tenía ni idea, solo que una cosa no acababa de cuadrarme. Te he hecho la revisión, ¿vale?

*(Carlos no sabe cómo tomárselo.)*

No me encajaba que tenías pinta de tener oficio. Me he convencido de que sí sabías porque cuando yo me acercaba lanzabas, y lo has hecho de libro, pero según me acercaba me iba dando cuenta que todo tu equipo parecía más o menos nuevo, como comprado todo a la vez, así que no unía... alguien que sabe pescar pero parece que acaba de salir de Decathlon, no sé...

CARLOS.— *(Impresionado.)* ¡Joder! ¡Qué manera de fijarse! ¡No se te escapa una! ¡Y eso que es de noche! Eres policía, por lo menos.

ARTURO.— *(Le produce risa.)* ¡No, qué va! Que me gusta fijarme. Parezco despistado pero después me doy cuenta y me acuerdo de casi todo. Es más una manía que una cualidad. Soy profesor. Llevo unos años con destino aquí, en el instituto de Toya.

CARLOS.— Un maestro. ¡Qué suerte tenéis los maestros!

*(Arturo pone cara de que haber oído eso mismo muchas veces.)*

¿Profesor de...?

ARTURO.— De literatura.

CARLOS.— Literatura.

*(A lo largo de la conversación, Carlos recoge su caña, le pone cebo nuevo y vuelve a lanzar.)*

CARLOS.— *(Sentencioso.)* Suerte el que ha podido estudiar. Yo no acabé el bachiller. Era muy nervioso. Tenía muchas ganas de trabajar y de tener el bolsillo lleno. ¡Qué guerra les di a mis maestros, pobrecitos! Digo yo, vamos. Lo que, aunque nunca me ha gustado estudiar, también te digo que siempre me ha gustado leer. Siempre. La de veces que me han echado de clase por estar leyendo. Sería basto, muy basto en todo lo demás, pero leer me encanta. Y no lo he dejado, ¿eh? Los cuatro años que he estado fuera he leído todo lo que caía en mis manos.

ARTURO.— Pues mira, en eso estoy yo. En que a la gente le guste leer. Pues sí... Aunque te parezca que no tiene mucho que ver, lo de que no se me escape un detalle está muy relacionado con ser profesor. En los tiempos que corren, es la mejor virtud que puede tener alguien que se dedica a esto. Todo lo que te diga que ha cambiado desde que estudiamos tú y yo es poco. Nada que ver con lo que uno puede recordar, en serio. Yo tuve mucha suerte y empecé a enseñar en cuanto acabé la carrera. Y ya era totalmente diferente. Lo de ahora se parece más a ser policía que a otra cosa. Como no andes con mil ojos, te fijes en todo y seas medio avisado, las llevas claras.

CARLOS.— Pero aquí será diferente...

ARTURO.— *(Ríe.)* Gusta encontrar una persona que hable bien de su pueblo, pero la verdad es que sí, algo mejor. Aquí

las familias son más familias, algo más de respeto, pero no te vayas a pensar. Mucha droga, además, en la costa. Lo tienen muy fácil, primero para probarla y después para buscarla y encontrarla.

*(El rostro de Carlos se hace sombrío por un momento, algo levemente perceptible.)*

Aquí todavía la gente habla con los niños, se avergüenza y les avergüenza si hacen una buena, no hay tanto problema como en las capitales. Pero hay también cada bolo... y la culpa no es de los niños solos, ¿eh? Los niños la mitad de las veces son más infelices que otra cosa. Ni tampoco de los padres solamente, como venden siempre en los periódicos o en la tele.

CARLOS.— Es de cómo están las cosas.

ARTURO.— De todos, de todos. Metiendo también a los profesores. Que la mitad de las veces andamos rellenando papeles *(porque nos obligan y porque es más fácil cumplir que intentar ayudar.)*, pero no echamos un rato a ver por qué el niño anda como anda. Eso sí, papeles y nombres todos los que quieras. Los niños se adaptan curricularmente, se les hace exploración inicial, medial, final, lo que tú imagines, pero después un niño tiene, ¡qué te digo yo!, mucho sueño todas las mañanas y nadie es capaz de decirle por qué no duermes. Se olvida la persona, como todo.

CARLOS.— Como en todo.

ARTURO.— Ya, pero con niños es peor. Y tú, ¿a qué te dedicas?

*(A lo largo de la conversación, Arturo recoge la caña, pone cebo nuevo y vuelve a lanzarla. Carlos hace igual un poco después.)*

CARLOS.— Obras... Construcción. Tengo una empresilla de construcción. Hago cosas por aquí, por nuestra costa.

ARTURO.— *(Sonriendo y remarcando las palabras en cursiva.)*  
Por vuestra costa. ¿Has estado muy liado para bajar a pescar, con la empresa?

CARLOS.— *(Dejando claro que no quiere dar muchas explicaciones.)* No, han sido más otras cosas. Personales. He estado fuera.

*(Mirando al cielo y cambiando bruscamente de tema.)*

¡Qué luna! Hoy vamos a coger un buen bicho. Voy a estrenar mi equipo nuevo con uno de dos kilos para arriba. Siento que voy a hacerte perder la apuesta.

ARTURO.— Por ahora no hay apuesta. Que yo sepa no hemos apostado nada.

CARLOS.— *(Con una sonrisa maliciosa.)* Eso también es verdad, que no hemos apostado nada.

*(Da la impresión de estar maquinando algo.)*

Nos jugamos este sitio. Y este día.

ARTURO.— *(Con voz de no creerse muy bien lo que está oyendo.)* ¿Cómo? ¿Te refieres a venir a pescar aquí, en esta playa? ¿Y la noche de San Juan?

CARLOS.— Eso.

ARTURO.— *(Con una risa que intenta hacer ridícula la proposición.)* ¿Y cómo controlamos que venga otra gente?

CARLOS.— ¡No, coño! La apuesta es entre tú y yo. Lo que hagan los demás, es de los demás.

ARTURO.— ¿Cualquier pescado?

CARLOS.— Sólo pescado noble. Nada de viejas, diablas ni morralla. La morralla se devuelve al mar. Más chicos del dedo...

*(Haciendo un gesto con la mano.)*

También son del mar, no nuestros. Y al peso, no al tamaño.

*(Arturo está sorprendido pero de alguna forma agradado por la proposición.)*

ARTURO.— ¿Cómo se pesan, pues?

CARLOS.— Tengo una balanza en el coche.

ARTURO.— ¡Cualquiera pensaría que has venido a esto!

*(Carlos extiende la mano y Arturo, más forzado por la situación que por verdadera convicción, la estrecha.)*

ARTURO.— Hecho.

*(Se apagan las luces del escenario. El sonido del mar se hace más y más fuerte.)*

## CUADRO SEGUNDO

VOZ EN OFF.— El veintiuno de junio, los que despiertan en mitad de la noche sueñan levantar de la cama como si su vida empezase otra vez. Sueñan con morir abrasados, y para no hacerlo tienen que saltar y desafiar al fuego en el aire. Los que no despiertan, los que aguantan las bromas que el diablo hace, sueñan que una barca en medio de un río ancho y caudaloso, en un descenso más o menos animoso, sin ser aguas bravas, y sin posibilidad alguna de gobierno, ni remos ni vela, les lleva. Se obsesionan con la idea de que lo más sencillo sería caer al agua de una vez por todas. Si se fijan mucho, les llama la atención que una ribera sea tan diferente a otra en su relieve. Una de las orillas es abrupta y quebrada, arrasada más que bañada por este río pernicioso. Parece ascender de una manera que casi es demasiado audaz, descarada, envuelta en ocasiones por nubes bajas que la visitan y que

parecen querer cortar cada uno de sus riscos. Entre las rocas de la ribera este, pequeñas figuras humanas les hacen indicaciones con la mano, les piden que se esfuercen por acercarse a la orilla, aunque no llegan a oír sus voces por el estruendo de las aguas de este río asesino.

Los habitantes de la orilla opuesta son totalmente diferentes. En los pocos lugares que ese perfil escarpado tiene, que parecen estar cortadas por un verano eterno, dejan que el sol y el agua bañen sus pies desnudos y que su piel se una a esta lengua altiva de rocas. Apenas si encuentran qué robar a la sierra de este río imposible, científica y geográficamente, que no es decir mucho de una ciencia que apenas cree poder encontrar algo imposible, y que se equivoca una y mil veces, y es capaz de quedarse sin mundo para explorar y seguir afirmando, cada vez con una voz más alta, que nunca se equivocan.

Equivocaciones reales, absolutamente reales, las de los hombres, dice el diablo al oído del que duerme. Las de un hombre que comete errores y que pretende –fíjense qué absurdo– pagarlos, que no enmendarlos, cruzando solo este río en una embarcación que la gente de la orilla intenta distinguir y que acabará, irremediablemente, naufragando.

*(Las luces se vuelven a encender, y vemos en escena a Arturo y Carlos sentados en sus hamacas, que han puesto ahora juntas, entre una y otra caña. Están mucho más desenvueltos y liberados. En el transcurso del cuadro, los dos se acercan ahora a sus cañas como si a partir de la apuesta hubiera que prestarle más atención a lo que uno está haciendo, más concentrados.)*

CARLOS.— *(Fanfarrón.)* Y fíjate que para no sentirme que llevo ventaja, voy a ofrecerte algo para que estemos iguales.